

EDICIÓN AUTORIZADA

PQ6574

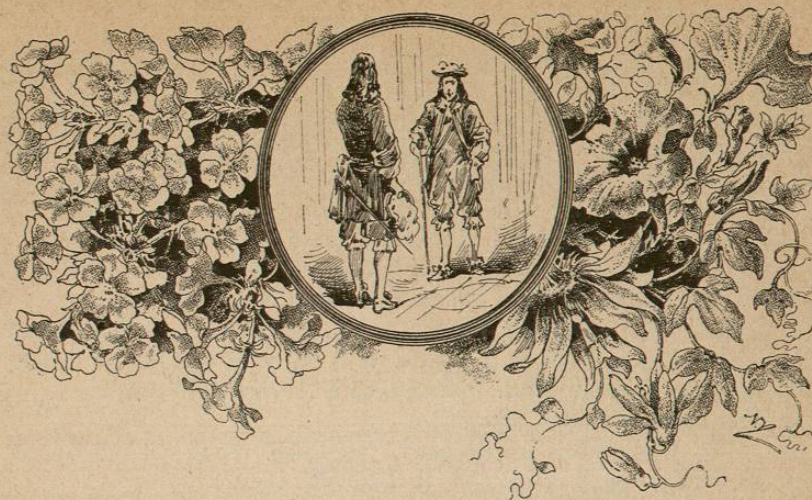
v.3

v.2

1894-95



FONDO ESCRITORIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## LLUEVEN BOFETONES

COMEDIA EN DOS ACTOS, ARREGLADA AL ESPAÑOL

### PERSONAS

HÉRCULES III, duque de Ferrara. — EL CONDE DE CANDOLLE. — RENATO DE MONTELEÓN.  
ELENA. — CARLOTA. — UN UGIER. — UN PAJE. — CABALLEROS

(La acción pasa en Ferrara)

### ACTO PRIMERO

El teatro representa un jardín espacioso del palacio ducal. A la izquierda, en primer término, un bosquecillo, cuya entrada avanza sobre la escena. A la derecha, también en primer término, una estatua de Diana cazadora, sobre un pedestal. En el foro un cenador cubierto de verdura con una fuente en medio. Asientos de piedra, sillas de jardín, una de ellas junto a la entrada del bosquecillo de la izquierda.

### ESCENA PRIMERA

ELENA, CARLOTA

(Elena, sentada junto al bosquecillo: Carlota, de rodillas, colocandó ramos de flores en un canastillo.)

ELENA. En verdad, Carlota, me sorprende lo que me dices. ¿Cómo te gobiernas para conocer á tantos como asisten á la corte de Ferrara, para saber sus aventuras, sus intrigas?..

CARLOTA. ¡Toma!.. Muy fácilmente... Como que esa es mi obligación... Yo soy hija del jardinero de palacio..

ELENA. ¿Y eso qué tiene que ver?..

CARLOTA. Siempre ha sido así en la familia. En tiempo de mi abuela los caballeros enviaban á las damas ramos de flores... y mi abuela era, por supuesto, la en-

010562

cargada. Luego, en tiempo de mi madre, los caballeros inventaron esconder billetes en los ramos... Y, ya se ve, como eso no hacía que fuesen más pesados, mi madre siguió llevándolos... Por último, ahora ya no envían ramos, pero envían siempre billetes...; y como eso ha venido á ser obligación de la jardinera..., por eso conozco á todas las damas de la corte, y á todos los caballeros... y entro en todas partes, y sé todo cuanto se dice, y todo cuanto se hace, y todo lo que pasa... Conque ya sabéis que estoy á vuestra disposición, señora.

ELENA. (Levantándose y pasando á la derecha.) Pues señor, ya veo que tus funciones son delicadas... ¡y vastas! Eres una especie de estafeta del palacio ducal.

CARLOTA. Justamente. Al principio no dejaba de repugnarme; pero lo consulté con mi primo, que es soldado de la guardia de S. A., y me dijo que no tuviera escrúpulo, que esto es un juego... que se juega en la corte de Ferrara.

ELENA. ¡Y en todas las cortes, hija mía!

CARLOTA. ¡Ya!.. Y vos debéis saberlo, puesto que habéis venido, un año hace, de la corte de Francia con el señor conde de Candolle, vuestro tutor.

ELENA. Sí, un año hace ya. Aún me acuerdo del horror que me causó al principio este país... ¡Me había formado de él una idea tan equivocada!.. Y cuánta fué mi sorpresa al ver que Ferrara era una imagen de la corte de Francia, de la corte de Versalles... ¡en miniatura, se entiende! ¡Pero qué remedo tan exacto!.. Los trajes, las costumbres... ¡vamos, todo!

CARLOTA. Como que aquí se reciben todas las modas de Francia. Y S. A. el señor duque quiere que se sigan sin faltar una coma. Siempre está hablando de París... y de Versalles... y del gran rey Luis... Luis...

ELENA. Luis XIV.

CARLOTA. ¡Eso! Dice que ese es su modelo. ¡Toma!.. Y el quereros tanto á vos y á vuestro tutor, el señor conde, no es más que porque habéis venido de allá.

ELENA. Sí, es cierto que nos distingue y nos colma de bondades. Mi tutor es su favorito... Le ha nombrado montero mayor. A mí también la duquesa madre me ha cobrado afecto, y me ha hecho dama de honor.

CARLOTA. ¡Ah! sí, la duquesa vieja... ¡Qué regañona es, y qué mala!..

ELENA. No digas eso: á sus damas las trata con mucha afabilidad... sobre todo á mí.

CARLOTA. De manera, señora, que ya lo único que os falta para ser completamente dichosa es... un marido.

ELENA. (Turbada.) ¡Un marido!

CARLOTA. Y si no os despacháis... ¡Adiós!.. ¡os quedáis en blanco!

ELENA. ¿Cómo?

CARLOTA. Pues qué, ¿no sabéis?.. Casi todos los oficiales jóvenes se van á marchar á la guerra.

ELENA. ¡Ah!.. ¿Hablas de la expedición que se va á enviar á la costa de Africa?

CARLOTA. Eso será; yo no sé precisamente...; lo que sí sé es que se van á embarcar todos... Quien dice todos... dice... hijos de familia que están arruinados, jugadores que no tienen un escudo, amantes que no son correspondidos..., ¡hasta maridos!..; en fin, todos los desesperados.

ELENA. (Con pena.) ¡Sí, ya lo sé!..

CARLOTA. Y uno en particular..., ¡qué guapo!.., ¡qué lástima de mozo!.., un oficial de la guardia de S. A.

ELENA. (Con prontitud.) ¿Renato de Monteleón?

CARLOTA. ¡Ah!.. ¿Le conocéis?

ELENA. Poco..., de vista...

CARLOTA. Parece que está enamorado de una dama de la corte, y que desesperado de que le han negado su mano... — ¡Ay! ¡Dios mío! ¡qué triste os habéis puesto de repente!.. Calla..., será cosa de que sea... ese... que vos queréis...

ELENA. ¿Yo? ¡Qué desatino! Yo no quiero á nadie ni... — ¡Cielos! ¡Aquí viene!..

CARLOTA. ¿Quién?

## ESCENA II

ELENA, RENATO, CARLOTA

RENATO. (Deteniéndose.) ¡Elena!

CARLOTA. ¡Hola, hola! (Sigue colocando los ramos, y pone luego el canastillo y la silla dentro del bosquecillo.)

RENATO. (Llegando.) ¡Al cielo debo sin duda este encuentro!

ELENA. ¡Oh Renato!.., perdonad... no os había visto!..

RENATO. ¡No podía resolverme á partir sin volveros á ver, sin daros el último adiós!

CARLOTA. (Aparte.) ¡Hola!.. ¡Conque era ella!

ELENA. Conque... á pesar de mis ruegos...

RENATO. ¡No hay remedio, Elena!.. Quiero espiar mi error. ¡Y qué necio error!.. ¡Un simple oficial, de noble cuna, pero sin bienes, sin más patrimonio que la espada, atreverse á poner los ojos en vos, parienta y pupila del señor conde de Candolle!.. ¡del favorito de S. A!..

ELENA. ¡Por Dios, Renato!..

RENATO. ¡Verdad es que el error no duró mucho! Cuando me aventuré, por seguir vuestros consejos, á presentarme á vuestro tutor y á descubrirle mis deseos... el señor conde de Candolle supo hacerme entrar en razón... con ese tono burlón é insultante...

CARLOTA. (Aparte.) ¡Qué injuria!

RENATO. ¿Qué camino me quedaba? Unirme sin titubear á esa escuadra que los diversos estados de Italia han aprestado en Génova para combatir á los corsarios de Argel... guerra terrible, de la cual no volveremos muchos... y que por lo menos me ofrece una muerte gloriosa.

ELENA. ¡Callad, Renato!.. ¡callad!..

CARLOTA. (Aparte.) ¡Pobre mozo!

RENATO. Elena... ¡voy á partir!

ELENA. (Aparte.) ¡Sí, partir! — ¿Y cuándo es?.. ¿Mañana quizás?

RENATO. Hoy mismo.

ELENA. (Aparte.) ¡Eso lo veremos!

RENATO. Esta mañana he recibido mi equipo de guerra, y para pagar los mil ducados que me cuesta, el tesorero de palacio me ha ofrecido..., ya lo sabéis, abonarme mis sueldos atrasados, que componen esa cantidad. Ahora iba á verlo para tomar la suma..., y el cielo ha hecho que os encuentre al paso, sin duda para que lleve este consuelo.

ELENA. ¿Conque os vais?

RENATO. Es indispensable. — ¡Adiós, Elena!.. Acordaos de vuestro infeliz amigo..., y cuando sepáis mi muerte... derramad alguna lágrima á la memoria del que dió su vida por amaros!.. ¡Adiós..., adiós para siempre! (Vase por la derecha.)

## ESCENA III

ELENA, CARLOTA

CARLOTA. (Sorpresa.) ¡Cómo! ¡Le dejáis marchar! ¡No le detenéis! Y estáis así... tan fresca, viendo que se va.

ELENA. (Trayéndola del brazo aparte.) No se irá.

CARLOTA. ¿Qué?

ELENA. Si se fuera, ¿crees que estaría yo tranquila, serena..., casi contenta? No, no se irá.

CARLOTA. ¿No? ¡Me alegro! Me alegro..., yo no sé por qué, pero me alegro.

ELENA. Escucha..., tengo tal vanidad del plan que he discurrido, que no resisto á la tentación de contártelo..., y además quiero que me ayudes... Ese dinero que va á buscar para pagar su equipo..., esos mil ducados...

CARLOTA. ¿Qué?

ELENA. No los tendrá.

CARLOTA. ¡Bah!

ELENA. Te digo que no. La hija del tesorero de palacio es íntima amiga mía..., y la he contado lo que hay..., ella se ha interesado con su padre... y el padre no le dará ni un ducado.

CARLOTA. ¡Calla!... Pero si él ya tiene en su poder ese... equipo ó como se llama...

ELENA. Sí; pero ha ofrecido pagarlo hoy..., y yo conozco la honradez de Renato... ¡El había de marchar de Ferrara, á una muerte probable, sin pagar una deuda tan sagrada! ¡Oh, jamás! Esperará el dinero hasta esta tarde..., hasta mañana..., y el dinero no vendrá ni esta tarde, ni mañana, ni nunca.... En esto, la escuadra se hará á la vela... y él se quedará. — ¿Entiendes ahora por qué no lloro, por qué estoy loca de contento? ¡Te digo que se quedará!

CARLOTA. ¡Válgame Dios..., qué invención de los diablos! ¡Qué travesura tienen estas francesas! ¡En mi vida se me hubiera á mí ocurrido!.

ELENA. (Aparte.) ¿Y qué dirá..., qué hará cuando se encuentre con el chasco? — Carlota... ¿queréis hacerme un gran favor?

CARLOTA. ¿Recadito? Para eso estoy yo: hablad.

ELENA. Corre á casa del tesorero..., ve á su hija...

CARLOTA. La conozco... Yo conozco á todo el mundo.

ELENA. Y averigua lo que ha pasado, y vuelve pronto.

CARLOTA. Voy volando. (Deteniéndose.) Sólo que si encuentro en el camino al señor conde de Candolle...

ELENA. ¿Al conde? ¡Cuidado..., cuidado con que le digas!.

CARLOTA. No es eso; sino que me detendrá; porque cada vez que me encuentra... me da dos abrazos... Dice que es de rigor.

ELENA. Corre, corre.

CARLOTA. (Echando á correr.) ¡Oh! Como ahora le encuentre no... (Tropieza con el conde, que sale y que la da un abrazo.) ¡Ay!.. (Echa á correr.)

CONDE. ¡Oye!.. ¿Y el otro? ¿Y el segundo? ¡Carlota!.. (Viendo á Elena.) ¡Huy!.. ¡Mi pupila! (Se acerca con aire grave.)

## ESCENA IV

EL CONDE, ELENA

CONDE. (Con descaro.) Apuesto cien ducados, Elena, á que habéis creído... que le he dado un abrazo á esa muchacha...

ELENA. (Sonriendo.) Y los ganaréis, señor conde.

CONDE. ¿Conque lo habéis creído?

ELENA. Y aunque así fuera, ¿qué delito es ese en un caballero galante que, según dicen, no ha hecho en su vida otra cosa que enamorar mujeres?..

CONDE. Y engañarlas..., es verdad.

ELENA. Desafiar maridos...

CONDE. Y herirlos..., es exacto.

ELENA. Contraer deudas...

CONDE. Y no pagarlas..., es histórico. Así me gusta: cuando uno se pone á hacer un retrato, debe dejarlo lo más acabado que sea posible. Habéis hecho el mío... de cuerpo entero; y lo que me sorprende es que conociendo tan perfectamente todos mis defectos, todos mis vicios, todas mis picardías..., dudéis un solo instante en aceptarme por esposo.

ELENA. (Riendo.) ¡Me gusta la consecucional!

CONDE. Es legítima, ¡voto al chápiro!... (Mudando de tono.) Chápiro es una interjección que yo he introducido aquí en la corte... y que ha hecho fortuna. — Pues, como iba diciendo, no hay mejor marido que un calavera.. jubilado. Cuanto más se ha corrido antes, menos se corre después... ¡Cosa clara!.. Y así opinaba también mi antiguo amo y señor el regente de Francia.

ELENA. Sin embargo..., no estaríais muy acordes en opiniones cuando os desterró.

CONDE. Es verdad: lo que es ese día no fuimos de la misma opinión. El regente celebraba mucho mis travesuras mientras me limité á... cazar en terreno ajeno...; pero cuando el diablo me tentó á cazar en el suyo..., ¡alto ahí!... Su alteza real, siempre clemente, me dió á escoger entre la Bastilla... y los países extranjeros... La Bastilla solo... ó el destierro con vos..., no era cosa de titubear.

ELENA. (Haciéndole una cortesía.) ¡Sois muy galante!

CONDE. ¡Oh!.. — Y confieso que estaba indeciso acerca de la nueva patria que escogería..., cuando descubrí en el mapa de Europa una manchita azul con un letrero que decía: *ducado de Ferrara*..., de cuya existencia no sospechaba yo... Mis conocimientos geográficos no se extendían más que de París á Versalles.

ELENA. Entonces supisteis que en Ferrara manda la dinastía de los duques de Ostiglia..., que se dan aires de soberanos y se hacen llamar alteza... cosa que cuesta poco y á ellos les contenta mucho.

CONDE. Me encontré, á mi llegada, con que el duque actual, Hércules III... — ¡y el nombre le cuadra! — había dado en el capricho de remedar la corte de Luis XIV... y andaba buscando hombres de ingenio y travesura... Me vió, y sin más información me ofreció el cargo de montero mayor y á vos el título de dama de honor de la duquesa madre... Acepté por los dos..., y cátanos aquí queridos y mimados, y... en fin, que cada día me aplaudo más de la ocurrencia de haber venido á este buen ducado de Ferrara..., ¡donde se respira un aire tan puro!.., ¡donde se pasan unas noches tan hermosas!..; de manera que lo único que nos

falta para coronar nuestra dicha en esta tierra hospitalaria... es un casamiento que os haga condesa de Candolle.

ELENA. (Con respeto.) Señor conde, vuestra elección me honra sobre manera; pero os confesaré francamente... que yo no os amo.

CONDE. (Con fatuidad.) Permitid que me sorprenda.

ELENA. Y que amo á otro.

CONDE. Permitid que lo sienta mucho. Debéis recordar que vuestro padre, al morir, me dejó encargado que os hiciera feliz.

ELENA. Podéis cumplir el encargo muy fácilmente, concediendo mi mano á Renato de Monteleón.

CONDE. ¡Estáis en un error!.. Si doy el encargo á otro, ya no seré yo quien os haga feliz..., que fué lo que encargó vuestro padre.

ELENA. (En tono de reconvencción.) Vos le despreciáis porque es pobre..., ¡nada más que por eso!

CONDE. ¡Es un defecto pícaro!.. No cambiaba yo por ese... todos los míos.

ELENA. ¡Pero Renato es de buena casa!

CONDE. Casa arruinada... por las prodigalidades de su difunto padre... Le conocí mucho en París, cuando fué á la corte del regente con una misión diplomática. ¡Un viejo muy verde!.. Jugando, gastando, prestando dinero á todo el mundo..., hasta á mí me prestaba... ¡El pobre se arruinó!

ELENA. Pero si Renato alcanzara del duque una colocación..., un buen empleo..., entonces ya no tendríais pretexto...

CONDE. Entonces... (Aparte.) Ya haré yo que no alcance ninguno. — Pero entretanto, como yo vea que os dirige siquiera la palabra... ¡arde Troya!

ELENA. ¡Conde!..

CONDE. (En tono burlón.) ¿Verdad que soy un tutor de un género particular?.. No diréis que me parezco á los tutores de comedia. Treinta y ocho años..., vivaracho..., alegre... Y nada de poner á mi pupila bajo la salvaguardia de llaves y cerrojos... ¡Uf, qué horror!.. No, señor: ¡bajo la salvaguardia de mi espada! — Se acerca un galán á... ¡Eh! caballero, si lo sois... ¿el sitio?.. ¿la hora?.. y la niña será del vencedor.

ELENA. Efectivamente, es cosa original... (Oyese ruido.) ¡Cielos!.. ¡si será él!

CONDE. (Saliendo hacia el foro.) ¡No es nada!.. es S. A. Hércules III.

ELENA. ¡Qué embebido viene en la lectura!

CONDE. (Riendo.) Pues es la vigésima vez que empieza su libro favorito... *Los amores de Luis XIV y Lavalliere*... ¡Chist!

## ESCENA V

EL CONDE, ELENA, EL DUQUE

(El duque atraviesa la escena, seguido de los chambelanes y precedido de un paje, que lleva delante de él un libro abierto.)

DUQUE. (Andando y leyendo.) «La primera vez que el gran rey vió á la señorita de Lavalliere...» (Al paje.) ¡No te muevas tanto! — «sintió una conmoción en...» (Al paje.) ¡Derecho! — «en el alma... una con...» (Enfadado.) ¡Pajecito!.. ¡voto al chápulo!.. (Viendo al conde y poniéndose alegre.) ¡Oh!.. que está aquí mi querido conde!.. (Saludando á Elena.) Señorita...

CONDE. Sentiría haber interrumpido á V. A... (Aparte.) ¡Vaya de altezas!

DUQUE. ¡No tal! Iba á visitar á la duquesa madre..., y mientras andaba leía...

CONDE. *Los amores de...*

DUQUE. ¡Sí, sí! — (Al paje.) Haz ahí una señal, y otra vez á ver cómo andas sin moverte.

CONDE. (Aparte á Elena.) Veréis cómo se queda aquí.

DUQUE. (A su comitiva.) Señores, podéis marcharos... Tengo que hablar con mi montero mayor.

CONDE. (Aparte á Elena.) ¡Qué os decía!.. ¡Me adora! (Los chambelanes y el paje saludan profundamente y se van.)

ELENA. (Saludando para irse.) Señor...

DUQUE. ¿Ya nos dejáis?.. ¡Si ese sol se eclipsa, vamos á quedar en tinieblas!

ELENA. Estoy de guardia en el cuarto de la duquesa madre...

DUQUE. Allá os seguiré yo dentro de un instante.. como el imán sigue al...; digo, como el acero sigue...; no, no, bien iba, como el imán.. (Aparte al conde.) ¡Ah, conde, la presencia del bello sexo me turba... y me altera!... ¡Hay algo en el mundo más hermoso que una mujer!..

CONDE. ¡Sí, señor!

DUQUE. ¿El qué?

CONDE. ¡Dos mujeres, señor!

DUQUE. (Saludándola.) ¡Idos, pues, aunque me cueste un suspiro!

ELENA. (Haciendo una profunda reverencia. — Aparte.) En la primera ocasión le pido un empleo para Renato. (Se va por la derecha.)

## ESCENA VI

EL DUQUE, EL CONDE

DUQUE. ¡Ah! ¡ya estamos solos, conde mío!... ¡Cuánto deseo tenía de veros!

CONDE. V. A. me envanece demasiado.

DUQUE. Ya sabéis que nunca estoy lo que se llama á gusto, sino cuando os veo: que no hay aquí nadie, más que vos, que tenga travesura, talento, chispa...

CONDE. ¡Oh príncipe mío!..

DUQUE. La lectura de *Los amores de Luis XIV* me ha infundido ideas melancólicas que quisiera disipar.

CONDE. En efecto, un libro...

DUQUE. Ya os lo he dicho: Luis XIV es mi héroe... mi modelo... A los cinco años, era él rey de Francia... y á los dos años y meses era yo duque de Ferrara...

CONDE. (Aparte.) ¡La manía de siempre!

DUQUE. Esta especie de analogía fué para mí un rayo de luz.... «¡Sí!» exclamé yo...

CONDE. ¿A los dos años y meses?..

DUQUE. No, algo después... «¡Sí!..» exclamé yo; «¡mi destino es seguir las huellas de aquel gran rey!»

CONDE. Y hasta ahora V. A. ha cumplido su propósito.

DUQUE. (Con modestia.) Puede... no diré que no... Gracias, conde, gracias...

CONDE. (Aparte.) ¡Oh poder de la adulación!

DUQUE. Pero una cosa me falta para que la imitación sea completa; una cosa esencial.. ¡Los amores, conde mío, los amores!.. ¡Aquellas mujeres!.. ¡Una Lavalliere!.. ¡Una Montesperan!.

CONDE. ¡Justo!.. Ahí se corta el hilo de la semejanza.

DUQUE. ¡Ah, creedme, soy un duque de Ferrara muy desgraciado! Desde los quince años, mi imaginación desenfrenada hacía bullir la sangre en mis venas..

CONDE. ¡Lo mismo que á Luis XIV!

DUQUE. No soñaba yo más que amores y galanteos... Quería vestirme de pastorcito y bailar en bailes pantomímicos y bucólicos..

CONDE. Lo mismo que...

DUQUE. ¡No, no! Eso no pude hacerlo; porque la duquesa madre, severa y despótica, como Ana de Austria...

CONDE. ¿Como Ana de Austria? ¡Tercera analogía!

DUQUE. Me prohíbe alzar los ojos delante de las damas de palacio, y á ellas les manda que los bajen en mi presencia.

CONDE. Eso hará que no os puedan ver.

DUQUE. Y habéis de saber que tratan de casarme... Me guardan para una duquesa de Guastalla, que es...

CONDE. (Aparte.) ¡Fea como un demonio!

DUQUE. ¡Y habrá quien envidie mi puesto! Tengo ochocientos mil vasallos... y no tengo una vasalla! En lo demás, soy soberano; puedo mandar ahorcar un hombre..., dos hombres...

CONDE. Tres hombres...

DUQUE. ¡Y así!.. lo que se me antoje..., ¡y no tengo derecho de amar á una mujer! ¡Oh, Luis XIV!.. (Con resolución.) ¡Se acabó!.. ¡Yo me rebelo!

CONDE. (Conteniéndolo.) ¡Príncipe mío!..

DUQUE. Sí, ¡voto al chápulo!.. (Mudando de tono.) Ya veis... cómo digo voto al chápulo... ¡y lo digo bien!

CONDE. ¡Muy bien!

DUQUE. Escuchad, conde... ¡Escucha, amigo mío!..

CONDE. ¡Oh, cuánta bondad!

DUQUE. (Con efusión.) Sí... te hablo de tú..., te digo tú..., te tuteo á ti.

CONDE. (Aparte.) ¡Qué amor!.. ¡Vamos, va á abdicar en mí la corona!

DUQUE. Voy á confiarte un secreto. Pero si abusas..., ¿estás?... si abusas..., tú eres mi favorito..., ¡te quiero mucho!.., pero me vería en la dolorosa necesidad de hacerte cortar la cabeza.

CONDE. Corriente... Ya estoy advertido... Sí, lo mejor es prevenir á las gentes, para... (Aparte.) Pues suele tener ideas poco risueñas. – Conque...

DUQUE. (Con misterio.) Has de saber... que todas las noches., cuando me creen encerrado, trabajando en los negocios del Estado..., me escapo por una puertecita secreta..., construída en tiempo de Hércules I...

CONDE. ¡Hola!..

DUQUE. ¡Chist!.. Me bajo al parque..., que es el sitio donde se citan todos los amantes..., y ando culebreando y físgando á las damas de palacio que acuden aquí de tapadillo...

CONDE. ¿Conque acuden?..

DUQUE. ¡Chist!.. ¡Muchas!..

CONDE. (Aparte.) ¡Demasiado lo sé!

DUQUE. Ninguna de ellas sospecha que es su soberano... Me toman por un oficia-

lito de mi guardia..., por un pajecillo de palacio... (El conde se vuelve para reír.)

¡Y amigo!.. (Con regocijo.) ¡amigo!..

CONDE. ¡Bravo, príncipe mío!.. ¡Bravo!

DUQUE. ¿Apruebas, eh?

CONDE. ¡Soberbio!.. ¡cáspita!

DUQUE. Sí, sí, ¡cáspita!.. – ¡Hombre!.. Cáspita... No sabía yo eso... ¡Cáspita!.. ¡Me gusta! – Conque ¿no me descubrirás, ¿eh?

CONDE. (Con prontitud.) ¡No tengáis cuidado!.. Si tenéis un modo de encargar el secreto, que...

DUQUE. ¡Eres lo más guapo!..

CONDE. ¡Algunas me lo han dicho!

DUQUE. Algunas... muchachas, ¿eh?.. ¡Bribón!.. Tú sí que las conoces.

CONDE. Un poco.

DUQUE. Cuántas habrás dejado allá, en la corte de Francia...

CONDE. Unas pocas.

DUQUE. Pues en la mía no quiero que echés menos nada. ¿Qué deseas?.. ¿Qué te falta?.. Pídeme lo que quieras.

CONDE. Nada, señor.

DUQUE. ¿No te gusta ya el cargo de montero mayor? ¿Quieres ser ministro?

CONDE. ¡No, señor!.. ¡No, señor! – Es más fácil gobernar los galgos y los podencos, que... Nada: estoy bien de montero mayor.

DUQUE. ¿Quieres dinero para pagar tus deudas?

CONDE. Tampoco; no, señor... porque eso sería salir de mi regla.

DUQUE. ¿Pues qué?..

CONDE. Ya que V. A. se empeña en que abuse de sus bondades...

DUQUE. ¡Anda!.. Pidas lo que pidieres..., concedido desde ahora...

CONDE. Pues me tomaré la libertad de recomendar á V. A. un joven...

DUQUE. ¿Pariente?

CONDE. No, señor.

DUQUE. ¿Amigo?

CONDE. Amigo... de mi pupila... y que quiere ser algo más que amigo...

DUQUE. ¡Ya!

CONDE. Hay tres empleos vacantes en la corte... y él desea con ansia...

DUQUE. ¡Vamos!.., y cuál de los tres empleos...

CONDE. Los tres, señor.

DUQUE. ¡Cómo!.. ¿Quieres que le conceda los tres empleos?

CONDE. ¡Qué! ¡No, señor! Si lo que pido, lo que suplico á V. A. es que le niegue los tres... á mi recomendado.

DUQUE. (Riendo á carcajadas.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Qué gracioso es!.. ¡Qué gracioso!.. ¿Y cómo se llama tu... recomendado?

CONDE. Renato de Monteleón.

DUQUE. ¡Un oficial de mi guardia!.. ¿Qué significa?..

CONDE. Cosa muy sencilla. Está enamorado de Elena..., y yo quiero casarme con ella... como todos los tutores de comedia.

DUQUE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!.. ¡Qué gracioso!..

CONDE. Pues ¿lo crearías?.. ¡Ella me detesta!.. ¡A mí!.., al hombre más amable de la corte..., después de V. A.

DUQUE. (Con modestia.) ¡Oh!..

CONDE. Al de más talento... después de V. A.

DUQUE. ¡Ah!..  
 CONDE. Al más calavera..., después de V. A...; ¡digo, no!.., ¡antes de V. A.!

DUQUE. (Suspirando.) ¡Es verdad!

CONDE. Si no se le da empleo, no pedirá la mano de Elena ..

DUQUE. Y entonces cargas tú... (Repentinamente.) ¡Ay, Dios mío!

CONDE. ¿Qué es eso?

DUQUE. (Azorado.) Me hice anunciar en el cuarto de la duquesa madre..., ¡y ya se me había olvidado! – ¡Adiós, conde, adiós!.. (Volviendo.) ¡Ah! Mira: si en mis escapatorias nocturnas me sucede alguna aventura..., tú serás mi confidente.

CONDE. ¡Será un honor!..

DUQUE. Y me sucederá..., ¡de fijo que me ha de suceder algo!.. ¡cáspita! – ¿Ves cómo no se me ha olvidado?.. ¡Cáspita!.. ¡Cáspita! – ¡Ea, adiós! (Vase por la derecha.)

CONDE. ¡Príncipe mío!.. (Después de acompañarlo.) ¡Pues señor, he hecho bien en venir á establecerme al ducado de Ferrara!

## ESCENA VII

EL CONDE, RENATO. Luego ELENA

RENATO. (Saliendo por la derecha del foro.) ¡Ah!.. Allí está.

CONDE. (Siguiendo con la vista al duque.) ¡Cómo corre!

RENATO. (Agitado.) ¡Ni un ducado quiere darme!.. Yo no entiendo...

CONDE. (Mirando siempre al duque.) No he visto duque más animado...

RENATO. (Acercándose.) Señor conde...

CONDE. (Sorprendido.) ¡Eh!.. ¿me habeis escuchado?..

RENATO. ¿Yo?.. no.

CONDE. Estaba diciendo: no he visto duque más animado..., más afable, en toda Europa...; eso es lo que estaba diciendo...

RENATO. Bien.

CONDE. (Aparte.) ¿Qué me querrá el amiguito este?

RENATO. Señor conde, vengo de ver al tesorero de palacio...

CONDE. (En tono de burla.) ¡Sea enhorabuena!.. Adelante.

RENATO. (Aparte.) ¡Fatuó! – Debía abonarme hoy mismo una suma de mil ducados que necesito indispensablemente...

CONDE. Todos los días necesito yo también la misma suma indispensablemente.

RENATO. Y por una fatalidad inexplicable nunca me llega ese dinero. ¡

CONDE. Esas cosas no llegan nunca.

RENATO. (Aparte.) Ya me empiezan sus chafalditas á... – (Con sequedad.) He tenido pues, que acudir á otros medios; y para eso os buscaba.

CONDE. (Aparte.) ¡Qué tono va tomando! – A buena parte...

ELENA. (Saliendo por el foro.) ¡Cielos!.. Los dos juntos.

CONDE. Conque me buscabais, ¿eh?

RENATO. (Con sequedad.) ¡Sí, señor, á vos!

CONDE. Caballerito...

ELENA. (Llegando.) Conde, S. A. me manda deciros...

CONDE. Aguardad un instante, Elena: el señor me decía...

RENATO. (A quien Elena hace señas de que se modere.) Iba á deciros que hace algunos años, en la corte de Francia... mi... padre...

CONDE. ¡Ah!.. ¡El conde de Monteleón!.. Jugador famoso... ¡Gran bromista!..

RENATO. Mi padre os prestó quinientos lises...

ELENA. (Aparte.) ¡Oh Dios!

CONDE. ¿Quinientos lises?.. ¡Ah! Ya me acuerdo.. (Aparte.) Algunos más le saqué.

RENATO. Y os lo venía á recordar.

ELENA. (Aparte.) Todo se ha perdido.

CONDE. Pues siento que os hayáis molestado por eso...

RENATO. ¿Cómo?

CONDE. ¡Vos no me conocéis, querido! – (Con severidad.) Regla general: yo no me acuerdo nunca de mis deudas antiguas..., y las modernas.. las dejo envejecer.

ELENA. (Aparte.) ¡Qué fortuna! – (Riendo.) ¡Ah! ¡ah!.. Es positivo... El conde no paga nunca sus deudas.

CONDE. ¿Cómo es que no lo sabéis?

ELENA. ¿De dónde salís?

CONDE y ELENA. (Riendo.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!..

CONDE. (Poniéndose serio.) Pero no creáis que es asunto desesperado: después de mi muerte, todos mis acreedores aparecerán en mi testamento... (Riendo.) Sólo que son tantos... que estarán allí muy apretados.

RENATO. (Sonriendo.) Bien: esperaré...

CONDE. ¿A que yo muera?.. ¡Gracias! Pues esperad por muchos años.

ELENA. (A Renato.) Ya no tenéis más remedio que quedaros.

RENATO. (Al conde.) Espero que me disimuléis esta impertinencia: nunca os hubiera molestado si no fuera por la imperiosa necesidad de pagar mi equipo de guerra á fin de marchar hoy mismo... Pero... (Yéndose.)

CONDE. (Con prontitud.) ¿Eh?.. ¿Era para pagar vuestro equipo de guerra?

RENATO. Pues.

CONDE. ¿A fin de marcharos?..

RENATO. Con la escuadra...

CONDE. ¿A combatir los corsarios argelinos... allá en... en Africa... en los infiernos? – ¡Oh! Eso es otra cosa. ¡Sí, señor..., os debo mil lises!..

ELENA. (Aparte.) ¡Qué oigo!

RENATO. No: quinientos.

CONDE. No, señor: mil, mil.. Hay otros quinientos que me prestó... para...

RENATO. Pero, señor conde...

CONDE. ¡Yo sé que son mil!.. y mi conciencia no me... Conque venid, venid, y os daré el dinero. ¡Yo había de cortaros esa carrera de honor!.. (Aparte.) ¡Ya me he quitado esa mosca de encima! – ¡Yo había de segar en flor vuestros laureles... africanos! (Aparte.) ¡Buen viaje! – ¡Oh! No me lo perdonaría en mi vida..., sería un peso...

RENATO. Pero...

CONDE. No os miro como un acreedor..., os miro como un valiente á quien debo alentar en la senda de la gloria!.. Venid: este rasgo es el primero en mi historia .. y creo que será el último. (Se va con él.)